

LOS SILOS DE CEREAL EN ESPAÑA. ¿ARQUITECTURA? INDUSTRIAL EN LA ESPAÑA RURAL

César A. Azcárate Gómez

El nacimiento de la máquina señala el inicio de la revolución técnica, que destruye el artesanado y resulta determinante para la gran industria moderna. En el ámbito de un siglo todos los procesos vitales han sido reorganizados sobre la base de los nuevos sistemas de producción. Actualmente, la técnica ha revolucionado no sólo el desarrollo social y económico, sino también el estético. En Europa occidental y en América, esta revolución ha determinado los elementos fundamentales del nuevo arte de construir¹.

El Lissitzky

EL INICIO DE UNA NUEVA TIPOLOGÍA; ENTRE EL REALISMO AMERICANO Y EL SUEÑO EUROPEO

Corría el año 1842 en Buffalo, cuando Joseph Dart construyó lo que hoy conocemos como el primer elevador de grano. Basado en el transportador ideado por Oliver Evans a finales del XVIII, el denominado “poste de Dart”, aquella construcción vertical móvil o estática, fue el mecanismo que facilitó el enorme desarrollo del mercado de cereal en Buffalo y así, las nuevas construcciones que hacían posible el almacenamiento y la regulación del transporte del grano, que se iban situando estratégicamente al borde del río.

Cien años más tarde, en una época difícil y en un país pobre y herido por la guerra, se empieza a gestar en España lo que se denominará la Red Nacional de Silos. Enmarcados dentro de una estrategia de regeneración de la Agricultura nacional, sin materiales ni técnicas vanguardistas, y desde una sencilla oficina técnica compuesta por unos pocos ingenieros agrónomos sin experiencia previa, se construyeron más de 600 silos verticales.

En estas líneas, traídas hasta aquí como pequeña muestra de una investigación más ambiciosa en proceso de ser definida como tesis doctoral, no se pretende ahondar en las relaciones entre la arquitectura moderna y las grandes construcciones para almacenar el cereal en la pujante Norteamérica de finales del XIX y principios del XX². Tampoco se quiere proceder a la invención de forzadas relaciones entre la arquitectura española de la posguerra y la construcción de los silos que tuvo lugar paralelamente a lo largo de casi 50 años en la Península Ibérica. Lo que se quiere es reflejar el enorme esfuerzo intelectual y constructivo realizado por unos pocos ingenieros, ajenos al debate arquitectónico nacional, y por supuesto internacional, con el único objetivo de establecer una Red Nacional de almacenaje de grano que fuera capaz de garantizar una regulación efectiva del comercio del cereal, que lograron diseñar y construir unas tipologías funcionales y formales sin precedentes en la historia de la arquitectura y de la ingeniería española reciente.

1. LISSITZKY, El, 1929. *La Reconstrucción de la arquitectura en la URSS*, Gustavo Gili, Barcelona, pp. 7.

2. Reiner BANHAM desarrolla un elaborado y particular estudio sobre este tema en *La Atlántida de Hormigón*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1999, pp.127 a 213.



Vista del puerto de Buffalo en 1877.

Volvamos por unos instantes a Buffalo. La evolución de un mercado disparado del grano daba lugar a la construcción de más silos de almacenamiento cada vez más grandes. Formas nuevas que, casi sin tiempo de reacción, iban acomodando técnicas constructivas y diseños adaptados a las imponentes estructuras, que evolucionaban con un optimismo al menos tan desmedido como el desarrollo de la economía americana en aquellos años. Imaginemos la extrañeza de los ciudadanos locales ante estas inmensas y extrañas construcciones. Imaginemos también el impacto y la posterior asimilación que estas formas hubieron de tener en los arquitectos que pudieran visitar este acontecimiento.

Se nos antoja por tanto, que no resulta extraño que piezas maestras de la arquitectura como el Guaranty Building de Adler y Sullivan edificado en 1895, o el Larkin Administration Company Building de 1904, obra de Wright, se levantaran orgullosas en la misma ciudad que veía crecer lo que posteriormente El Lissitzky denominara las “fábricas de grano”³.

Crucemos de nuevo el charco y enfoquemos brevemente alguno de los acontecimientos que tenían lugar en Europa y la URSS:

Los primeros silos europeos eran construidos en Alemania a partir de principios del XX. Walter Gropius experimentaba sus primeros devaneos con el “americanismo” mientras proponía en su conocido artículo *Jahrbuch des Deutschen Werkbundes* de 1913 abundantes imágenes de gigantes silos procedentes de Estados Unidos, Canadá y Argentina. Ese mismo año, Antonio Sant’Elia iba más allá y proponía sus dinámicas arquitecturas dibujadas con una evidente relación estética y formal con los silos de Gropius. En 1917 se produce un momento importante que trasciende la simple fascinación experimentada hasta ese momento: Erik Gunnar Asplund, contemporáneo de los maestros (admitidos) de la modernidad, un clasicista moderno⁴, construye nueve silos de grano para el Gobierno sueco. Seis años más tarde, en 1923, Le Corbusier utiliza de nuevo los elevadores de grano en *Vers une Architecture*, incluso manipulando algunas de las fotografías que Gropius le había proporcionado procedentes de su artículo de 1913, para inculcar sus convicciones modernas en las mentes más vírgenes. También fue escrito en 1923, aunque no publicado hasta 1926, *Der Moderne Zweckbau* (La construcción funcional moderna) por Adolf Behne, en el que entre los numerosos ejemplos industriales el silo también está representado. Un año más tarde, Erich Mendelsohn hacía “fotografías como un loco”⁵ de los elevadores de grano de Buffalo y sus construcciones asociadas. También en 1924, Moisei Ginzburg, ilustra su importante libro *Estilo y Epoca*, no traducido al inglés sorprendentemente hasta los años 60, con numerosas fotografías de las magníficas construcciones

3. LISSITZKY acuña este nuevo término haciendo referencia al campo en general, aunque resulta inmediata su aplicación al silo como contenedor del producto generado por el campo. (ver LISSITZKY, El, op. cit. pp. 39-40).

4. Así lo define Claes Caldenby en Asplund, C. Caldenby y O. Hultin, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1988.

5. MENDELSON, E, *Letters of an Architect*, editado por Oscar Beyer, 1967, p. 69

de Buffalo. En 1927, Ludwig Hilberseimer en *Groszstadt Architektur* (La Arquitectura de la Gran Ciudad), otra de las grandes obras escritas de la modernidad, presenta sus convicciones ideológicas con ejemplos de fábricas y silos, pero en esta ocasión mostrando no sólo contenedores de grano sino también depósitos de mineral y de cemento, como elementos ya asumidos de una nueva estética y de una nueva concepción basada en lo constructivo y lo funcional. Los ejemplos de ejercicios teóricos con el silo como referente resultaron también especialmente abundantes en el periodo de la vanguardia soviética.

EL DIFÍCIL EQUILIBRIO DEL SILO ENTRE EL ARQUITECTO Y EL INGENIERO

En este caldo de cultivo, y a buen seguro sin pretenderlo, los silos comenzaban a entrar en la categoría de piezas arquitectónicas. En Norteamérica de una manera natural, desde la convivencia entre el auge de la economía y el sentido práctico libre de ataduras culturales o herencias estilísticas de las que Europa aún continuaba presa. Por el contrario, en Europa y la URSS convivían diferentes inquietudes. Desde la búsqueda sincera de Gropius y la conscientemente manipuladora de Le Corbusier, hasta la fascinación y el atracón formal de Mendelsohn, pasando por los deseos de una nueva sociedad a través de la arquitectura que El Lissitzky y sus compatriotas contemporáneos soñaban alcanzar.

Pero el interés de los arquitectos por estas construcciones verticales no dejaba de ser “interesado” y superficial. Pocos fueron los que finalmente edificaron o proyectaron casos reales. Muchos hablaron de ellos, otros los convirtieron en sus referencias para proponer sus fantasías arquitectónicas, pero finalmente dejaron el campo libre a los ingenieros.

Como hemos visto en las diversas publicaciones citadas líneas atrás, en la década de los 20, arquitectos como Le Corbusier, Lissitzky y Hilberseimer lanzaban en sus publicaciones reflexiones teóricas sobre los avances que se proponían desde los mundos de la industria y la ingeniería. Le Corbusier dedicando el primer capítulo de *Vers une Architecture* a ensalzar la figura del ingeniero como el hombre clave que, inspirado por la economía y el cálculo, logra la armonía de acuerdo con el Universo. El Lissitzky desde profundas reflexiones sobre la técnica y la estética, con el nacimiento de la máquina como revolución del desarrollo estético y relegando el papel del arquitecto al hombre que no podrá concebir las fábricas sino sólo “revestirlas”. Hilberseimer, por fin, desde el estudio de la naciente sociedad y las tipologías que ésta era capaz de producir, en las que el arquitecto, con sus concepciones formales heredadas, no podría siquiera soñar con alcanzar la precisión y objetividad que aquéllas requerían. Para los tres, la figura del ingeniero es la del hombre capaz de llevar a cabo tan profunda transformación, y la arquitectura industrial es el inmenso y productivo campo donde los nuevos e importantes conceptos que se manejan pueden realizarse sin obstáculos.

¿Puede alguien todavía dudar de la incorporación del silo a la clasificación de arquitectura industrial? La discusión planteada puede ser larga e improductiva. Diversos autores apelan a la producción como elemento indispensable



Erik Gunnar Asplund. Silo en Hallsberg, Suecia, 1917-18.

para incorporar ciertos edificios en esta categoría. Aunque es un tema poco debatido, puede decirse que, a tenor de lo visto, los arquitectos influyentes de la modernidad no dudaban en este aspecto, al incorporar claramente los edificios verticales de almacenaje de grano como ejemplos de las nuevas formas de la arquitectura industrial, y por ende, de la “nueva arquitectura”. Posteriormente, la especificidad de la propia construcción ha ido derivando en numerosos estudios y publicaciones excesivamente monográficos relativos a temas funcionales, constructivos y estructurales de las mismas. Finalmente, y con carácter general, las publicaciones más recientes sobre arquitectura industrial, han olvidado los logros alcanzados por los silos en los inicios de un determinado pensamiento arquitectónico, para centrarse en los estudios y relaciones que permitan identificar estilos “al uso” con construcciones industriales o viceversa, y donde, al parecer, estas magníficas construcciones no tienen cabida.

EL SILO EN ESPAÑA. LOS INICIOS

Bien distinto de lo que se estaba cocinando en el panorama arquitectónico americano, europeo y soviético, era lo que sucedía en España en los comienzos del siglo XX. Es un hecho que el debate cultural, en general, en la España de la pre-guerra no resultaba de la misma intensidad que en Europa, América y la URSS. También resulta evidente que la guerra civil marcó de una manera especialmente dramática el devenir de la evolución artística y, por tanto, arquitectónica en nuestro país a lo largo del siglo XX.

La situación económica general y la del campo español a principios del siglo no precisaba de las grandes construcciones para almacenar el grano que se producía. Por ello, los ejemplos de silos en España antes de la guerra civil son muy escasos. Parece ser que la construcción de los silos en España se inició en 1930 con dos ejemplos construidos por entidades particulares⁶. Uno de ellos fue el silo para la Panificadora y Fábrica de Harinas de Vigo, (todavía hoy en pie) proyectado por Gómez Román y Werner como anexo a la propia fábrica, y el segundo fue proyectado por el ingeniero agrónomo Miguel Cavero Blecuá. También existen algunos ejemplos de menor entidad de silos no mecanizados de baja capacidad para almacenar forraje procedentes de un concurso promovido por el Ministerio de Agricultura en 1934 y que, al igual que el silo de Vigo, muestran forma cilíndrica, con la única diferencia respecto a éste de contar con un solo depósito. Es de destacar que estos últimos ejemplos y el silo de Vigo se construyeron con hormigón armado utilizando la técnica del encofrado deslizante, y que tendrá que transcurrir un largo periodo de tiempo hasta que la situación tecnológica en España permita volver a utilizar esta técnica, como más adelante se indicará. No son por tanto antecedentes directos de lo que está por venir, sino ejemplos aislados, separados por la guerra civil de la gran intervención que estaba aún por llegar. Cabe señalar como dato significativo que “en los Estados Unidos, donde se orientó bien la cuestión desde el primer momento, se consiguió llegar de un centenar de silos que existían en 1882 a la fantástica cifra de un millón trescientos mil silos en el año 1921”⁷.

En España, la Red Nacional de Silos⁸ se enmarca dentro del denominado Servicio Nacional del Trigo (SNT), cuyo Decreto Fundacional fue promulgado en Burgos en pleno Movimiento Nacional el 23 de agosto de 1937. Previamente, en los inicios de 1936, los ingenieros agrónomos Cavestany,

6. CAVERO BLECUA, M., Ponencia sobre la Red Nacional de Silos en España, editado por el Ministerio de Agricultura, Madrid, 1959, p.6. Cavero explica en su ponencia los inicios citando dos ejemplos y atribuyéndose la autoría de uno de ellos. Aunque no lo cita, consideramos la suficiente importancia del silo de Vigo para suponer que es el segundo de los ejemplos al que hace referencia.

7. AA.VV. Construcciones Rurales, editado por el Ministerio de Agricultura, Madrid, 1934, pp.183, extracto de la memoria del proyecto de silo de 60 m3 redactado por los ingenieros agrónomos Guillermo Castañón y Dionisio Martín en Octubre de 1934 para el concurso convocado por el Ministerio de Agricultura.

8. La Red Nacional de Silos y Graneros era en realidad su verdadero nombre, ya que desde ella se proponían silos mecanizados verticales y graneros horizontales sin mecanización; estos últimos consistían en construcciones muy sencillas que no presentan interés para este estudio.

Cavero y Bartual redactaron un estudio sobre “Organización del mercado tri-guero nacional y creación de la Red Nacional de Silos”. No será, sin embargo, hasta 1941 cuando el SNT comience a considerar seriamente la posibilidad del establecimiento de la Red, dando lugar a los primeros acercamientos serios a los silos en España, mediante la convocatoria del Ministerio de Agricultura del primer concurso sobre Proyectos de Silos en 1944. De aquí salieron las primeras ideas para que en 1946 se comenzaran a preparar los primeros proyectos de silos por parte de unos pocos ingenieros agrónomos que formaban la oficina técnica del SNT.

Si bien el primer silo inaugurado oficialmente fue el de Córdoba, en 1951, los primeros datos de los silos construidos por la Red Nacional se remontan a 1949⁹ con los silos de Valladolid, Villada, en Palencia y Alcalá de Henares, en Madrid.

Los primeros ingenieros agrónomos encargados de diseñar y construir la Red Nacional de Silos y Graneros fueron José M^a de Soroa y Plana, Leandro de Haro y Moreno y José Real Crespo, partiendo absolutamente desde cero, con una formación en la que no se tenía en cuenta este tipo de construcciones y con un contacto con el exterior y con las técnicas disponibles reducido a la nada. Únicamente contaban con el asesoramiento de un ingeniero alemán procedente de una compañía germana especializada en silos y su maquinaria de transporte y elevación, contratado por el Estado en los inicios de la Red.

En una entrevista mantenida con José M^a Soroa y Plana y con Angel Arrúe¹⁰ se ha podido constatar la presencia del ingeniero alemán en los inicios de la Red como asesor técnico y la presencia también de Ignacio Fiter, un arquitecto colaborador-asesor en temas estéticos, una vez que los proyectos habían sido ideados por los ingenieros. La máxima de los ingenieros involucrados en la construcción de los 671¹¹ silos verticales que fueron finalmente construidos desde el año 1949 hasta 1986 fue: “Utilidad, sencillez y economía”. Estos atributos fueron los que dieron lugar a la amplia tipología funcional y formal con la que se ha ido jalonando la geografía rural española. Ciertamente existe algún ejemplo urbano, pero son los menos, incluso en los puertos sólo se llegaron a construir dos ejemplos.

LA DEFINICIÓN DEL TIPO COMO ARGUMENTO DE LA ECONOMÍA

Comprobado que el inicio de los silos españoles no tuvo ninguna “contaminación” de importancia venida desde el exterior¹², los ingenieros antes citados tuvieron que poner manos a la obra en la definición de unos edificios, expresados mediante sus diferentes tipos, que fueron evolucionando en función de la demanda del campo, las tecnologías constructivas disponibles, los avances en la maquinaria de transporte-elevación y los enclaves físicos con sus características geográficas y de accesibilidad concretas.

El estudio del tipo en general ha sido amplia y numerosamente afrontado en arquitectura y en el resto de las artes. En numerosas ocasiones se ha afrontado su estudio desde su relación con el entorno físico y social, o lo que es lo mismo, con los lugares y los individuos. También el tipo es especialmente susceptible de aproximación desde su puesta en relación con los demás de su



Silo tipo A. Carrión de los Condes, Palencia, año 1951.

9. AAVV. Servicio Nacional de Productos Agrarios. Red de Almacenamiento, editado por el Ministerio de Agricultura, Madrid, 1978.

10. Angel Arrúe es otro de los ingenieros agrónomos del equipo de la Red Nacional de incorporación más tardía. La entrevista fue realizada en Madrid el 10 de mayo de 2000.

11. El autor ha excluido expresamente de este estudio los denominados silos tipo Z, que son los realizados en castillos catalogados como Patrimonio y que tienen unas características propias determinadas por la propia construcción existente.

12. Según Jose M^a Soroa, no tenían conocimiento de los silos americanos de Buffalo, ni existía formación específica universitaria acerca de los mismos. Los contactos con otros países se limitaban al citado ingeniero asesor alemán.



Silo tipo D. Treviño, Burgos, año 1964.

categoría, abstrayendo elementos ajenos y dotándole de otros valores que no tendría sin el elemento comparativo.

Son numerosos los artistas americanos que han afrontado la primera de las líneas apuntadas. Respecto a la segunda aproximación, resulta de especial interés mencionar aquí el trabajo que los fotógrafos alemanes Bernd y Hilla Becher vienen realizando con sus imágenes de silos, depósitos, torres de refrigeración y otras construcciones “huérfanas de arquitectura”¹³.

¿Qué ha ocurrido entonces desde que Gropius, Le Corbusier o Mendelsohn hicieran que casi se llamara arquitectura a un nuevo tipo de edificio, hasta que quizá ya ha sido demasiado tarde para aspirar a ello cuando los Becher los elevan a la categoría de arte, empujados por el anonimato de su autoría y filtrados por su condición de escultura?¹⁴

Lo que ha sucedido mientras tanto durante estos años en el campo español, ha sido sencillamente el trabajo sensato, callado y, en la mayor parte de los casos, libre de prejuicios estilísticos, de un puñado de ingenieros agrónomos que, ajenos a cualquier aproximación predeterminada sobre el tipo, y por supuesto, lejos de cualquier influencia cultural procedente del mundo de la arquitectura, han sido capaces de dejar un amplio legado de diferentes tipologías de silos verticales, partiendo únicamente de tres sencillos conceptos: utilidad, sencillez y economía.

En efecto, desde 1949 hasta hoy se han construido 20 tipologías diferentes de silos, alguna de ellas presentando variantes formales de importancia que las elevan a su vez a la categoría de tipo. La Red Nacional de Silos comenzó bautizando al primero de ellos de una manera elemental: el silo tipo A. Este silo, concebido desde la más absoluta economía, y atendiendo a las técnicas disponibles en la sociedad rural en esos años, fue proyectado con su estructura general de hormigón armado y atendiendo especialmente a la construcción de las paredes de las celdas, que a la postre suponen el mayor volumen del conjunto del silo. La construcción tradicional en las grandes zonas cerealísticas de España se basaba en la utilización del adobe y el ladrillo. Esto fue lo que determinó que se desarrollara una técnica específica para los silos españoles basada en las paredes de las celdas mediante muros de ladrillo cerámico armado. Es esta una característica específica de nuestros silos, que se ha venido manteniendo hasta los últimos años de construcción de los mismos.

El silo más extendido por la geografía española es el denominado tipo D. Se puede considerar el más genuino, ya que es capaz de compilar todos los deseos iniciales de funcionalidad, sencillez y economía. Además, y aunque presenta algunas variantes formales, en su versión más célebre, la que presenta cubierta plana, alcanza un grado de monumentalidad contenida y de presencia medida, libre de elementos accesorios, difícil de alcanzar en cualquier otra tipología.

La utilización de la técnica de las paredes de ladrillo cerámico armado se ha venido manteniendo hasta los últimos años de construcción de silos. Las excepciones a esta especificidad las constituyen las celdas cilíndricas de bloque de hormigón del silo tipo C, las construcciones metálicas de los tipos MC y MR, y las celdas de hormigón de los denominados macrosilos de última generación.

13. BECHER, B. y H., *Grundformen*, ed. Schirmer-Mosel, Munchen, 1993. Thierry de Duve, en el artículo introductorio del libro, define de esta manera las fotografías de los Becher.

14. Paradójicamente, la Bienal de Venecia otorgó el premio de escultura a las fotografías de Bernd y Hilla Becher. Por otro lado, el reconocimiento internacional avala la condición de obra de arte de estos autores.



Conjunto de silos en Medina del Campo. tipo TH, año 1975, tipo SV, año 1972 y tipo C, año 1953.

Otras características que determinan las diferentes tipologías son la forma de las celdas (cuadradas, circulares, hexagonales, octogonales, trapezoidales), la disposición de la torre de elevación (interior, frontal, en esquina) y la disposición de las crujías de las celdas (apoyadas o elevadas).

Con todo ello, las variantes tipológicas de los silos en España tienen varias características comunes: surgen imponentes en las llanuras cerealísticas y repartidos a lo largo de la geografía española. Su rigurosa silueta, es capaz en ocasiones de eclipsar la torre de la Iglesia, hito paisajístico rural por excelencia hasta la irrupción de estas catedrales del grano; otras veces, su austero lenguaje entabla un enriquecedor y diacrónico diálogo con ella. Las tonalidades ocres de sus altas fachadas, se funden en verano con los campos que están por segar mientras que en la primavera destacan sus formas sobre el verde de los campos. Es pues, la relación con el paisaje, un valor inherente a todos ellos.

¿OPORTUNIDAD PERDIDA, O SIMPLEMENTE OTRO EPISODIO OLVIDADO?

Llegados a este punto, conviene recordar las palabras de El Lissitzky sobre la reconstrucción de la agricultura:

La diferencia únicamente está en el hecho de que esta fábrica se encuentra en la naturaleza y se halla más ligada aún a la instalación. Esto plantea al arquitecto el problema del nuevo pueblo. Se construyen muchas nuevas plantas industriales, pero me preguntaréis por la intervención del arquitecto. La fundación moderna de una gran industria es un agregado, una máquina sintética, compuesta de máquinas particulares. Proyectar una instalación de este orden corresponde al ingeniero. Al arquitecto sólo le concierne idear el revestimiento¹⁵.

No podía ser más certera la premonición de Lissitzky para el caso español. Había sido asignado a nuestro arquitecto, a un único arquitecto en este caso

15. LISSITZKY, El, op. cit. pp. 39-40.

como representante de todos ellos, el papel de “revestidor” de tan magnas construcciones. Y su papel, quizá por no llegar a entender la envergadura de tan importante empresa, quizá porque las circunstancias culturales de la España rural y las decisiones que rodeaban la política del campo no eran las apropiadas, se cumplió, en ocasiones, literalmente. Ahí están a la vista los numerosos ejemplos de fantásticos volúmenes que aparecen con una belleza limpia y clara cuando no se han visto obligados por circunstancias “miméticas” y, sin embargo, lo hacen con una confusión extraordinaria cuando estas han aparecido en el camino.

Si bien podemos aseverar que en la reconstrucción de la España rural, el Instituto Nacional de Colonización jugó un papel muy interesante en el avance de la arquitectura española del pasado siglo, parece claro que en la construcción de los elementos que, a la postre, iban a dejar marcado para siempre el territorio rural español no interesó en modo alguno establecer los mecanismos que pudieran conjugar la resolución de un problema social y económico con la exploración y el aporte de las ideas de los arquitectos.

O, quizá, a la vista de los resultados obtenidos, a la vista de las sencillas, imponentes y rotundas formas de nuestros silos y a la vista de la alcanzada comprensión de una relación con el paisaje, que sólo es posible experimentar si se recorren las llanuras de nuestra meseta contemplando esas extraordinarias construcciones que emergen de los dorados campos cultivados y que altivas dominan lo que, cosecha tras cosecha, albergan cíclicamente en sus entrañas, ¿deberíamos preguntarnos si toda la operación de la construcción de la Red Nacional de silos se ha desarrollado con el mejor de los resultados posibles y se ha convertido en uno de los más importantes episodios de construcción pública española desde el ámbito de la ingeniería, que ha sido totalmente olvidado por la esfera arquitectónica más culta?

En cualquier caso, tenemos aún la suerte de conservar en pie a día de hoy la mayoría de estas construcciones, aunque se presienten los días negros venideros, ya que algunas de ellas empiezan a estar amenazadas debido a la descentralización de competencias y el cambio en la política agraria y mercantil. Sería deseable que desde el Estado, lugar desde el que se promovió esta importante operación, se tomaran las medidas necesarias para proteger estas majestuosas construcciones rurales.